

reservada, donde se hallan las señoras encargadas por la Administración de hacerlo.

—¡Separarme de los míos!—vociferó mi padre, que sintió un amor súbito por su familia.

Pero, á pesar de sus gritos, tuvo que obedecer, y supe después que le habían obligado á desnudarse de pies á cabeza. Con nosotras se mostraron más indulgentes. Mi madre, tan quejosa como su marido de todas aquellas exigencias, fáciles de evitar, disimulaba su enojo, y poniendo una cara sonriente y amable, se atrajo las simpatías de los empleados.

La cólera que experimenta mi padre es sanguínea y ruidosa; la de mi madre es biliosa y concentrada. ¿De qué clase será la cólera que yo sufra? Probablemente un género compuesto de las dos; ya lo he dicho en otra ocasión, los autores de mis días se han olvidado de hacerme á imagen suya, bajo el punto de la belleza corporal; pero sus imperfecciones morales me las han dado todas.

¡Por fin está ya libre mi padre! Puede andar y desentumecer sus piernas, gozar de la dicha de estar en tierra, correr por la plaza de la Mature, adquirir noticias, apretar manos amigas. ¿Y su venganza? Tal vez se crea que la ha olvidado. Coge del brazo á mi madre,

me manda que les siga, y se dirige á casa del armador del *Sócrates* para quejarse de que se le hayan puesto esposas.

IX

¡Ah, todavía me río! El capitán, que no había perdido como nosotros dos horas en la Aduana, se había dirigido á casa de los propietarios del buque para darles cuenta de lo que había ocurrido en la travesía. Sin duda ninguna les había dado noticias acerca de los pasajeros que traía, porque apenas mi padre se presentó, le pusieron una cara que no indicaba nada bueno.

—Señor—dijo mi padre,—vengo á quejarme...

—Naturalmente—dijo uno de los armadores.

—De haberme puesto esposas.

—Durante dos días, ¿no es eso?

—Sí, dos días.

—Pues ha sido muy poco.

—¡Cómo! ¿no ha sido bastante aún?

—Merecáis haberlas tenido hasta concluir el viaje.

—¡Está bien!

—Y acabo de refirir al capitán por haber sido demasiado indulgente con vos.

—¡Indulgente!

—Sí, ¡y mucho! Pero me ha dicho que la falta que habéis cometido puede clasificarse entre las que corresponden al derecho común, y seréis entregado á los tribunales.

—¡Entregado á los tribunales!

—Sin duda ninguna, por tentativa de asesinato. Qué, ¿pensabais que impunemente se puede arrojar á un hombre al mar? Ya os dirán los jueces la opinión que tienen acerca de ese hecho.

—Pero, señor... —se atrevió á decir tímidamente mi padre, que se había calmado como por encanto.

—Pero, señor—replicó el armador levantando la voz,—y espero que seréis condenado á cinco años de prisión, lo menos. Es hora ya de tratar con rigor á ciertos pasajeros que son insoportables á bordo.

—¡Yo insoportable! ¡Hay alguien capaz de decirlo! Yo, que no me quejo nunca, yo á quien ha hecho tanto daño el cargamento de quesos de Holanda que traía vuestro buque y

que ni siquiera ha pensado en pedir indemnización ninguna.

Había pensado pedirla; ese era el objeto principal de su visita; pero desde hacía poco tenía miedo y no pensaba en ello ya.

—Habéis hecho mal—replicó el armador;—tenía intención de entablar un pleito civil contra vos después de la causa criminal, y pedir os cinco mil francos de indemnización.

—¿Por qué?—preguntó mi padre, cuya voz se había dulcificado mucho.

—Por las pérdidas que me habéis hecho sufrir, retrasando la marcha de mi buque tres horas. ¿No se ha visto obligado á mantenerse al paio y esperar la vuelta del bote que hubo precisión de arrojar al agua por culpa vuestra?

—¡Oh! cinco mil francos por tres horas de retraso—se atrevió á decir mi padre:—¡hubiese sido muy caro!

—¡De seguro que vos lo creeréis así! Pero tres horas de atraso pueden comprometer la vida de la tripulación. En la mar el tiempo perdido no se recupera nunca. Con tres horas de delantera se puede evitar una racha de viento, se puede llegar á regiones más tranquilas. No son cinco mil francos tan solo lo que debiera pedir; si fuera á los tribunales sacaría más.

Mi padre no supo qué contestar. No había considerado la cuestión bajo este aspecto, y algo le decía que si el armador exageraba un poco, en el fondo tenía razón.

Al salir del despacho de los propietarios del *Sócrates* estábamos en bien triste situación. Ibamos de uno en uno, mi padre á la cabeza, con el aire cabizbajo de gentes que se sienten cogidas por dos causas, una criminal y otra civil.

Gracias á mi madre, que supo discutir tan grave cuestión con el armador y el capitán, sonriéndoles á ambos cuando hubiese querido devorarlos, y pedirles indulgencia, el asunto no fué más allá. Sin embargo, tuvimos que pagar tres mil francos por indemnización de daños y perjuicios al cocinero del *Sócrates*, que amenazaba con acudir al juez por su propia cuenta. ¡Ah, jamás sufrió tanto mi padre como cuando se vió obligado á desembolsar ese dinero! Yo veía el instante en que, después de haber cambiado sus billetes de banco por el documento firmado por el cocinero, obligándose á no hacer reclamación ninguna, iba á coger de nuevo á su enemigo para arrojarle en la concha del puerto.

Felizmente, sucesos ocurridos después cambiaron las ideas de mi familia.

X

Vivíamos en el muelle de la Marina, en el Havre, esperando á que mi padre decidiese de nuestra suerte, en una habitación amueblada donde paseaba yo por sus diversas estancias mi fastidio y mis sueños. Estos últimos me conducían siempre á preguntarme si, en vez de seguir á mi familia en sus peregrinaciones, no debería volar con mis propias alas y desembarazarla de mi inútil persona. Apenas podía concebir la esperanza de casarme: el hombre de mis sueños no aparecía en el horizonte, y por causa de los sentimientos expresados ya, mi amor y mi entusiasmo por la forma, mi aversión á la fealdad, prefería permanecer siendo solterona, que encadenar para toda la vida mis gustos y mi vista. Siempre sola conmigo misma, porque á nadie hacía partícipe de mis pensamientos, mi imaginación ardía y caía en exageraciones ridículas. Me parecía que un marido, cualquiera que fuese, desde el momento que se alejase de mi ideal me ins-

piraría horror. A ejemplo de mi padre, siempre dispuesto á montar en cólera contra cualquier desconocido de quien oía hablar, detestaba yo cordialmente al hombre que me hubiese sido impuesto y le prometía una vida infeliz. A ejemplo también de mis padres, me sentía devorada de celos y de envidia de la mujer que se hallase al lado del hombre en quien yo soñaba. Hubiese querido quitársele, arrancarle de ella, torturarla de todos los modos posibles.

A poco de estar en tierra, mi amable carácter y mi natural benevolencia se desarrollaron como lo había previsto. Pero no podía haber peligro para nadie, puesto que el famoso ideal parecía que obstinadamente rehusaba presentarse.

Y si, por fin, algún día llegase á encontrarle, ¿se dignaría bajar su mirada hasta mí, se abriría de mi admiración, tendría piedad de mi amor? No era lo probable. Estaba destinada, sin duda, á producirle el mismo efecto que los hombres feos y mal formados me causaban á mí.

Entonces sería mejor hacer que mi imaginación se callase, rechazar todos esos ensueños importunos, renunciar á aquel amor á que no podía aspirar y pasar una existencia tranquila, si no feliz, independiente sobre todo

fuera de mi familia. Como tengo horror á la inacción y miedo al fastidio, he perfeccionado en mis largas horas de soledad mi incompleta educación. Gracias á los años pasados en el Brasil, sé el portugués y he podido aprender fácilmente el español, que se le parece mucho. Me he dedicado á aprender el italiano, y he tenido tan frecuentes ocasiones de hablar inglés en mis viajes, que me hago comprender en ese idioma. ¿Por qué no he de hacer por encontrar en una familia rica (adoro el lujo) una plaza de señorita de compañía, de lectora, de institutriz, de cualquier cosa análoga?

En estas reflexiones estaba, cuando fui interrumpida por mi padre, que entró brusca-mente en mi cuarto.

—Cármén—me dijo,—prepárate. Nos marchamos dentro de una hora.

—¿A Pernambuco?—exclamé poniéndome descolorida.—¡Ah, Dios mío!

—¿Por qué ese susto?—dijo levantando ya la voz.—Si me agradase volver allí, ¿tendrías algo que decir?

—No, padre; estoy acostumbrada á ese viaje, y me gusta mucho.

—¿Te gusta, eh? Ya se conoce que no te ha costado nada. ¡Tres mil francos de indemnización al cocinero!

Al acordarse de ello se puso rojo de cólera; después se aplacó, y replicó:

—No, no vamos á Pernambuco; iremos á Trouville.

—No está tan lejos—dije yo.

—Sí, más cerca está. Pero, ¿quieres no hacer reflexiones?

—Ya me callo, padre.

—Y haces perfectamente. Vamos á Trouville...

—Ya me lo habéis dicho.

—¡Y si quiero decirlo otra vez!

—Tenéis razón; sois libre de hacerlo.

—Seguramente... ¿Quién se atreverá á negarlo?

Nuestra conversación hubiera podido durar mucho tiempo si hubiese continuado así. Pero yo tomé el partido de callarme.

Mi padre dió unas cuantas vueltas por mi cuarto, y deteniéndose de pronto, dijo:

—Tengo proyectos formados acerca de ti.

—¿Y cuáles son?

—No me preguntes; no sería conveniente; espera á que te lo diga.

—Espero—contesté con resignación.

—Te he nombrado directora de un gran hotel. ¿No dices nada?

—Me habéis prohibido que hable.

—Parece que tienes intención decidida de llevarme la contraria, ¿no es así?

—No, os lo aseguro. De modo que soy la encargada de un gran hotel. ¿Puedo preguntar cuál es ese hotel?

—Seguramente, te lo permito. ¿Acaso soy algún tirano? ¿Crees tú que quiero confiscarte la libertad de la palabra? Es el de las Rocas Negras, en Trouville. ¿Le ves desde aquí? Aquel magnífico, construido por el arquitecto que hizo los Inválidos, el señor Crepinet.

—Será muy sólido...

—Ya lo creo que lo es. ¿Le ves?

—Le habrán edificado mientras hemos estado en el Brasil; no me acuerdo de él y desde aquí me es imposible verle.

—Pues yo le he visto por ti ayer. ¡Es magnífico! Tiene cuatro pisos, un centenar de ventanas que dan al mar, habitaciones grandiosas, ciento cincuenta cuartos para señores, un edificio anejo á él, un comedor tan grande como el del hotel del Louvre en París. En fin, es el mejor establecimiento de esta comarca y estoy por decir que de Normandía y hasta de Francia.

—¡Y de Europa!—ayaduría yo.

—¿Te burlas de mí?

—¡Cómo, padre! ¿podréis creer tal

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONDO RIFES"
Dr. Jesús HERNÁNDEZ, México

—El hotel se arrendaba para la temporada de baños; pertenece á los señores Cordier y Targert. Me he presentado á esos señores, naturalmente les he inspirado gran confianza; me han pedido un año adelantado de alquiler y les he entregado la suma que pedían, hace una hora. Las Rocas Negras son mías. Así es como hago yo los negocios.

—¿Y estáis seguro de que sea un buen negocio?—me atreví á decir, aunque con timidez.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Pues digo, que si creéis que será...

—¿Bueno el negocio? Ya te había oído. ¿Crees que estoy sordo? ¿Cómo te atreves á dudar de su bondad cuando le hago yo?

El razonamiento era de tal manera concluyente, que me confundió y callé.

—Tu madre y yo—continuó diciendo mi padre—hemos resuelto colocarte al frente de la casa.

—¡Una casa tan grande! Papá, soy demasiado joven para eso.

—No tendrás mucha edad, pero con la cara que tienes, más parece que tienes treinta años que veinte. Eso es lo único que tienes en tu favor. Además, tranquilízate, ya cuidaremos de ti, y te ayudaremos. No harás nada sin consultarnos.

—Entonces—le dije—¿no estaré yo al frente de la casa?

—¿Querías que nos desentendiéramos por completo de nuestros derechos?

—Yo no quiero nada.

—Es que no tienes más remedio. Nosotros nos reservamos la dirección. Pero nuestra autoridad debe quedar oculta, no nos agrada descender á los más ínfimos detalles.

—Y he de ser yo...

—Sí, tú... ¿Encuentras algo que decir?

—De ningún modo.

—No podríamos conducirnos bien con los viajeros. Yo estoy aún joven para la edad que tengo; tu madre, celosa como verdadera brasileña, podría...

—Sí, sí, ya lo comprendo—tuve la imprudencia de decir.

—¿Qué sabes tú? ¿Qué sabes?—replicó mi padre, fuera de sí.

Salí de aquel mal paso, adulando la vanidad excesiva del autor de mis días.

—Sé, padre—le dije,—que sois un buen mozo y que en un hotel de esa importancia estaríais expuesto á...

—Está bien, pequeña, está bien—dijo mi padre, sonriendo con fatuidad.—¿Aceptas?

—Pero...

—No admito vacilación ninguna, ya lo sabes.

—Entonces... es inútil consultarme.

—Era por pura fórmula. Dentro de una hora tomaremos el *Relámpago*, que es el vapor que va á Trouville, para que veamos nuestra propiedad, la más hermosa del país indudablemente. Nada de rivales... yo no los tengo. Alojaremos la flor de la sociedad parisién, ¿lo oyes bien? la flor... Se guardará muy bien de ir á las chozas de mis compañeros de profesión. Y si les llamo compañeros es por pura cortesía; esas gentes no existen para mí. Yo quiero ganar cien mil francos en tres meses y hacerme millonario en un año. Y entonces ya verás mi lujo, mis trenes, mi casa, y cómo aplastaré á los que me han humillado hasta hoy, al capitán y á los armadores del *Sócrates*. ¡Ah, á esos sobre todo!

Se paseaba de un extremo á otro, enseñando el puño á sus enemigos, ó se paraba frotándose las manos como si tuviese ya en ellas sus millones. Al cabo de un instante se dignó entrar en la vida real, y aproximándose á mí, me dijo:

—Mañana, después de haber puesto en práctica mis primeras órdenes para que se aireen bien los diversos cuartos del hotel, vol-

verás aquí para comprarte trajes. Como no puedes pensar en ser agradable por tu cara, á los huéspedes que acudan los deslumbrarás con tus trajes.

Mi padre me dejó bajo el peso de esa galantería.

Me quedé sola en el mismo sitio, soñadora, inquieta, turbada. Me parecía que mi destino iba á fijarse ya, que mi existencia femenina estaba á punto de empezar. ¡Trouville, el establecimiento de baños, la crema de la sociedad parisién! Esas palabras repercutían en mis oídos y brillaban ante mis ojos.

De repente mi ideal se me esparció en una nube purpúrea, flotando por encima del hotel de las Rocas Negras. ¿Era un presentimiento? ¿Iba al fin á encontrarle?

Pero el sonido de la campana anunció la salida del *Relámpago*. Tomé un abrigo, anudé las cintas de mi sombrero y salí al muelle. Mi padre y mi madre se habían instalado ya en la proa del buque, en el mejor sitio. Yo me uní á ellos, me ofrecieron una banqueta que había á sus pies y partimos. Esta vez no era para Pernambuco. ¿Sería mejor para mí?

XI

Desde que el señor Lelievre se halla á bordo del *Relámpago*, da señales manifiestas de impaciencia. Se pasea con agitación, se para de repente, dirige una mirada á las costas del Sena inferior, que poco á poco se borran, mira á las costas de Calvados, que se agrandan en el horizonte, y consulta su reloj. Por fin no puede contenerse, saca de su bolsillo un papel impreso, busca con la vista al capitán y se junta con él.

—Dispensadme que os moleste, capitán— le dijo, —pero ¿cuánto tiempo se necesita para hacer la travesía desde el Havre á Trouville?

—Treinta y cinco minutos, como indica el prospecto que tenéis en la mano.

—Está bien— respondió mi padre, —muchas gracias.

El señor Lelievre hizo una seña á su mujer; los dos se miraron, se guiñaron el ojo, y mi padre tomó el aspecto de un hombre honrado, y sin dar indicios de tener segunda intención, dijo:

—De modo, capitán, que ya llevaremos andado la mitad del camino.

El capitán, que no sospechaba nada, respondió:

—Sí, la mitad; esa boya que tiene por objeto indicar que hay un banco de arena, está á la mitad del camino del Havre á Trouville, y ya lo habéis visto, acabamos de pasar por delante de ella.

Mi padre sacó su reloj con aire de triunfo.

—Hace ya veintiocho minutos que hemos salido.

—Sí, ¿y qué?

—Que lo menos necesitaremos otros veintiocho, puesto que no hemos andado más que la mitad del camino.

—Será muy probable.

—Veintiocho y veintiocho son cincuenta y seis.

—Así es.

—Pues no serán treinta y cinco minutos lo que se tarda en la travesía, como indica el prospecto.

—No, dispensadme, serán treinta y cinco minutos.

—¡Ah! ¿y cómo?

—Muy sencillo. Calculamos el tiempo transcurrido desde que salimos del muelle del Ha-

vre hasta que tocamos en el dique de Trouville. Las maniobras que se hacen en el puerto y en el antepuerto no entran en la cuenta.

—¡De veras!—exclamó mi padre, y esta vez ya su naturaleza se puso al descubierto y no se contuvo.—¡De veras!—replicó levantando la voz,—con esas maniobras que duran veintiún minutos no se cuenta. ¡Ah! habláis á vuestro gusto. Ya se conoce que pasáis la vida paseándoos por el mar entre el Havre y Trouville. Yo, señor, que estoy al frente de un establecimiento y tengo que administrarlo, no puedo perder impunemente veintiún minutos. Así es que yo no os lo ocultaré más tiempo, tengo intención de pedir una indemnización á la Compañía.

—Pedidla—dijo el capitán alejándose.

—Seguramente que la pediré—repitió mi padre; pero como el capitán no le oyó, fué á mi madre y á mí á quienes se dirigió.—No me disgusta que caigan en falta los propietarios de un navío. Esta vez no he arrojado al mar á ningún cocinero, no me pueden amenazar con una causa criminal y tendrán que pagar, yo respondo. ¡Ah! ¡las Compañías marítimas, los capitanes, los armadores! ¡Vaya una raleal

Mi padre no ha olvidado aún ni los dos días del calabozo, ni los tres mil francos de indem-

nización, ni las cucarachas que nadaban en el vaso de agua. Pero por si esos recuerdos pudieran borrarse, mi madre está cerca de él para refrescar su memoria y atizar sus rencores. Los armadores del Havre se han atráido sobre sí un odio normando, aumentado con el odio brasileño; ya pueden temblar.

Se engañaría cualquiera que creyese que el capitán del *Relámpago* se vería libre de la presencia de mi padre. No debe estar junto á él más que cincuenta y seis minutos, pero todo ese tiempo se le tendrá que dedicar á él. De repente, el señor Lelievre se irguió delante del capitán, que hacía por huir de él inútilmente, y señalando con un dedo un *yacht*, que marchaba á toda vela hacia Trouville, le dijo:

—Llegará antes que nosotros.

—De seguro—respondió filosóficamente el capitán.

—¡Cómo! ¿Lo creéis así y no hacéis nada, no dáis ninguna orden?

—¿Qué orden he de dar?

—Pues la de aumentar la velocidad.

—¡No haré tal cosa! Nuestra velocidad está señalada reglamentariamente y no podemos modificarla.

—¿Ni aun cuando un buque de vela nos alcance?

—Pero, ¡por Dios!—contestó el capitán, que hablaba con mi padre con gran dulzura, como si tuviese que habérselas con algún enfermo,—ese buque tiene poco calado, pasa sobre los bancos de arena, y *El Relámpago* tiene que irlos bordeando. Es natural que llegemos más tarde.

—Lo que encontráis vos natural, yo lo hallo vergonzoso, sí señor. Yo he tomado pasaje en un buque de vapor para andar con rapidez y para no ser adelantado por los buques de vela; si no, me hubiese embarcado de nuevo en *El Sócrates*; no anda, pero no puede esperarse otra cosa, su forma y su nombre no engañan á nadie. Pero el vuestro tiene ruedas, máquina, chimenea, y le llamáis *El Relámpago*, un nombre que obliga.

El capitán no tuvo nada que contestar. No parecía sentirse humillado por esos reproches; miró á mi padre con interés, y me pareció ver el instante en que le cogía la mano para tomarle el pulso.

Pero mi padre hizo repentinamente un movimiento brusco. El capitán creyó que le daba algún accidente, y se puso á la defensiva.

—¡Qué humillación!—exclamó mi padre,—¡entrar el *yacht* antes que nosotros!

Y se cambia de sitio, corre de un lado á

otro del puente, se lleva á los pasajeros aparte y no cesa de decirles:—¡Qué humillación!

Un cuarto de hora después, por causa de maniobras que mi padre se permitió calificar de altamente inconvenientes y mal dispuestas, pudimos á nuestra vez pasar por delante del dique y desembarcar.

Durante esta travesía de treinta y cinco minutos, según el prospecto, y de cincuenta y seis según decía mi padre, éste, sin haber arrojado al cocinero al mar, como se había apresurado á hacerlo saber á todos, encontró medios de dañar gravemente sus intereses de dueño futuro de un hotel. Porque los viajeros querían tener noticias durante el viaje, de los hoteles donde podrían hospedarse, y preguntaban á las personas del país. El capitán del *Relámpago* no estaría muy inclinado á indicarles el de las Rocas Negras, cuando supiese que el jefe del establecimiento y el amable pasajero que él conducía no formaban más que una sola persona.

¡Y si al menos nouviésemos más enemigos que los capitanes de los buques de vapor! Pero al cabo de una semana habíamos conseguido enajenarnos las simpatías de toda la población de Trouville. Los dueños de los hoteles de la Playa, del Mar, de Bellas-Vistas, de

UNIVERSIDAD DE PUNO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GONZALEZ"
de LOS MONTAÑES, MEXICO

Levasseur, el propietario del Brazo de Oro, los gerentes del de París detestaban cordialmente al señor Lelievre, cuyo primer cuidado había sido llamar bodegonas á sus establecimientos. Todos los almacenistas de géneros, cuyos ofrecimientos había despreciado mi padre, diciéndoles que un hombre como él se hacía traer los de París, nos habían jurado odio mortal. El farmacéutico de la calle de los Baños, el amable Etienne, á quien mi padre, sin motivo, había llamado herborista, se había salido de sus costumbres inofensivas y dejaba entrever vagamente en sus horas de expansión proyectos siniestros contra los Lelievres grandes y pequeños. Después de haber descontentado á un cocinero, nos atragimos la animadversión de un boticario. Indudablemente, mi padre no estaba muy bien con nuestras vidas.

¿Qué mosca habría picado á los autores de mis días para hacerlos tan antipáticos á los habitantes del país? Los celos, la envidia, sus pecados más veniales no habían tenido ocasión de ejercitarse. Si el hotel de las Rocas Negras no era el primero del mundo, como aseguraba mi padre, indudablemente ocupaba un buen lugar entre ellos. En el Havre, en el hotel de las Indias, el señor Lelievre podía te-

ner envidia al del Almirantazgo, vecino suyo, á Frascati y al de Europa; pero en Trouville era verdaderamente tenerle mala voluntad para ponerle por bajo de los otros, inferiores seguramente al suyo, por su situación, su extensión y su aspecto. Pues bien, mi padre se quejaba de que el del Brazo de Oro estuviese situado en la calle de los Baños, la más frecuentada de todas, al de Bellas-Vistas estar en la plaza del Mercado; envidiaba al de París su renombre y su proximidad al Casino. En vez de ocuparse en tener bien surtidas sus bodegas y en hacer provisiones, en procurarse buenas criadas y criados, se paseaba á todas horas con mi madre y la decía, siempre pensando en lo que ocurría á los otros:

—Dos viajeros han llegado hoy; en casa de Levasseur se han quedado; y ha sido Etienne el boticario quien los ha mandado allí. ¡Ah! ¡cuándo me verá libre de ese hombre!

—Ayer—añadía su compañera—he oído al capitán del *Relámpago* que recomendaba el hotel de París á un pasajero.

—¡Está bien! ¡está bien!—replicaba Lelievre poniéndose pálido,—ya me vengaré yo de todos esos miserables cuando concluya la temporada.

—Yo te lo recordaré—decía mi madre con

voz dulce, una voz preciosa, argentina, modulada, vibrante, clara y simpática.

En sus accesos de cólera concentrada, cuando los ojos de mi madre lanzaban llamas, su voz tenía entonaciones riquísimas, y yo, por oírla, me callaba. Del mismo modo que su belleza y la de mi padre han contribuído seguramente á inspirarme el sentimiento de lo bello, así también la voz de mi madre ha debido hacer que se desarrolle en mí, y en buena hora sea, la afición á la música, y hacer, como ya lo he dicho, al hablar de mi ideal, que considere una buena voz como una de las cualidades más preciosas que un hombre puede tener.

XII

2 Julio.

Cuando vinimos á Trouville para fijar allí nuestra residencia, á principios de Junio, parecía una ciudad muerta. Tan sólo el muelle, en el momento de salir ó de llegar los pescadores y la calle de los Baños, por la parte de la Pescadería, presentaban alguna animación.

Las demás vías, donde se encuentran las casas de los bañistas y los almacenes de lujo, tenían el aspecto más triste que imaginarse puede.

Unos cuantos días hace no más que las habitaciones se abren, los hoteles se amueblan, los carruajes circulan, los escaparates de los comerciantes se arreglan con coquetería. Todo renace á la vida y á la esperanza de un hermoso verano y de una buena temporada.

El Casino empieza sus conciertos y promete para la semana próxima muchas representaciones teatrales. En la calle de París se empiezan á ver paseantes, abonados á diario en el *boulevard* de los Italianos; entran á la hora del *lunch* en la pastelería de Planta, y después de haber escogido el sombrero de paja más á la moda, enfrente de ella, en casa de Avisse, hacen largas paradas, para matar el tiempo, delante de los muchos almacenes de objetos de china, juguetes de niños, y de muebles y alhajas antiguas.

La playa, sin tener aún la animación de fin de Julio, en la época de las corridas, regocija á las gentes que, á todas horas, y por todas partes, buscan el movimiento y la algazara.

El pabellón armado delante del Casino da

abrigo á las mujeres á quienes hace daño para el color de su cutis las indiscreciones del viento del Oeste. A la derecha, á unos diez ó quince kilómetros, pueden admirar las costas de Ingouville y de Sainte-Adresse, tan fuertemente iluminadas á ciertas horas; á la izquierda se hallan Villiers, Dives, Cabourg, la entrada del río Caen y una parte de Calvados. En frente, en primer término, las barcas pescadoras, corriendo á bordadas para huir de los bancos de arena, y en el horizonte los grandes buques iluminados por un rayo vertical del sol ó reflejando á la caída de la tarde las nubes purpurinas y violetas. Pero indiferentes á ese espléndido espectáculo, le vuelven la espalda cómodamente sentadas, divididas en grupos, hablan, recorren las páginas del libro último recibido de París, hacen como que trabajan y se ocupan de los paseantes de uno y otro sexo que acostumbran á discurrir, desde las tres á las cinco, por la ancha acera que comienza en la Estacada y termina en las Rocas Negras.

El establecimiento de baños tiene ya muy buenas entradas, y ha sido necesario desde hace pocos días tender largas cuerdas para separar á los bañistas: baños para señoras solas, baños mixtos, donde pueden bañarse hom-

bres y mujeres, siempre que aquéllos lleven traje completo, baños de hombres donde el calzoncillo de baño es lo único que se exige. Gracias á esas separaciones ideadas por una administración pudibunda, la moralidad se salva. ¡Salud á la moralidad! Las barracas ambulantes, tiradas por un viejísimo caballo blanco, tradicional, llevan hasta las olas á los bañistas impacientes. En fin, los niños, que pululan en la playa, organizan carreras, hacen fosos en la arena, ó construyen durante la marea baja poderosas ciudadelas que se hunden al primer choque de las olas.

El hotel de las Rocas Negras se aprovecha de ese movimiento. Las enemistades que mi padre se ha atraído sobre sí con tanto empeño desde que plantó sus reales en el país, no pueden producir efecto en una población numerosa, cuyo único deseo es alojarse en cualquier parte. Nuestro hotel tiene tan buena presencia, que incita á todas las personas que van en busca del bienestar y del lujo. Por su alejamiento de los rumores de la villa, la calma relativa que le rodea, adula los gustos aristocráticos de muchas familias. A la llegada del express y de los vapores que salen del Havre, empezábamos á ver descender del carruaje en la corte donde reinamos como dueños absolu-

tos, algunos viajeros seducidos por la fachada de nuestro establecimiento. Mi padre y mi madre, ocultos detrás de una persiana del piso entresuele, los examinan con curiosidad, echan cuentas sobre su fortuna por el número de baúles que traen, y me mandan instrucciones sobre la clase de habitaciones que debo ofrecerles y el precio que hay que pedirles por ellas.

Yo estoy sentada detrás del mostrador en el vestíbulo de la derecha, cerca de la puerta de entrada, consulto mi registro, escribo, apunto, borro, hago sumas y restas, oigo las quejas de éste, hago observaciones al otro, reprendo á los domésticos, doy órdenes, soy un verdadero general en jefe, pero siempre vigilado por un soberano celoso de su autoridad.

Otras veces, por ciertos signos particulares, comprendía que llegaban á las Rocas Negras huéspedes ilustres ó personajes del gran mundo. Desde hace muchos años he leído en los periódicos anécdotas sobre la mayor parte de esos señores y señoras, abonados á las fiestas dadas en los Ministerios, en las Embajadas y en las Tullerías. Mi curiosidad se halla vivamente excitada. Conoceré al conde de X... ó á la marquesa de Z... de quienes tanto hemos oído hablar, y que, según la *Gaceta de los Ex-*

tranjeros, se alojarían en el hotel de las Rocas Negras. ¡Ay! He vivido demasiado tiempo en el Havre y en Pernambuco para tener ese golpe de vista parisién, que no se engaña nunca. Pero ellos tienen que dar su nombre, y entonces me fijaré.

Otra esperanza perdida: no se acostumbra en los grandes hoteles á exigir documento ninguno á los viajeros, que á muchos acaso les costaría trabajo enseñar. No creen que están de viaje; Trouville, donde se encuentran rodeados de su círculo de amigos íntimos, no es para ellos más que un barrio de París bien aireado, donde se mudan por consejo de los médicos durante los meses de Julio y Agosto. Pedir sus nombres á tales gentes, conocidas de todo el mundo, sería confesar mi tontería, y el amor propio puede más en mí que la curiosidad. La casualidad ó alguna indiscreción, me hará conocer los huéspedes que albergo.

Sin embargo, esos jóvenes, esas preciosas mujeres llaman mi atención. Me es desagradable conducirme como la más zafia patrona, y llamar á un buen mozo, joven, rubio, de distinguidas maneras, que entra ahora, el número 34. A esa otra deliciosa criatura, que parece un retrato de Wateau, que se ha salido

de su marco y que debe ser una de nuestras más conocidas y elegantes, la voy á apuntar bajo la denominación de número 3, por el cuarto que va á ocupar en el primer piso. Es imposible: las Rocas Negras no son un presidio, donde los prisioneros pierden su nombre y se convierten en números.

Un libro que hallé en el cuarto de un viajero y que me he apropiado, me saca felizmente del atolladero en que estoy. Se titula *La corte de Francia bajo la Regencia y bajo Luis XV*, y entretiene por espacio de una semana mis escasos ocios. He encontrado en él descripciones de fiestas semejantes á las de hoy, retratos que pueden aplicarse á las celebridades de mi tiempo, aventuras ocurridas seguramente á los grandes pecadores y pecadoras del siglo diez y nueve.

Me complazco en mezclar y confundir esos dos grandes siglos: el diez y ocho y el diez y nueve. En mi ignorancia hago comparaciones mal intencionadas entre la sociedad de la Regencia, que la historia «esa embustera incorregible», como la llama Byron, me ha hecho conocer, y la del tiempo del Imperio. Con la cabeza llena de esas semejanzas, que conservo en mi imaginación, pienso en sacar partido de ellas. Puesto que mis huéspedes desdeñan el

que les conozca y me repugna distinguirlos por el número de sus cuartos, voy por placer, y para mi uso exclusivo, á distribuir entre ellos los nombres propios hallados en ese libro, y á tratar de aplicárselos según las analogías más ó menos exactas que con ellos descubra.

XIII

Empiezo por los hombres. Aquellos tres jóvenes cuya llegada á las *Rocas Negras* metió tanto ruido, que cogieron la barbilla de la primer criada que encontraron en los pasillos del hotel, me recuerdan aquellos tres púas de la época de la Regencia: Beringhen, el conde de Nocés y el marqués de Canillac. Y los apunto inmediatamente con esos nombres puramente fantásticos. Ese otro señor debe ocuparse en pintar, porque en su equipaje trae un caballete y cuadros á medio hacer. Le llamaré, y creo no le desagradará, Jacinto Rigaud, acerca del cual acabo de leer la anécdota siguiente: